

Logicat 2012
017905



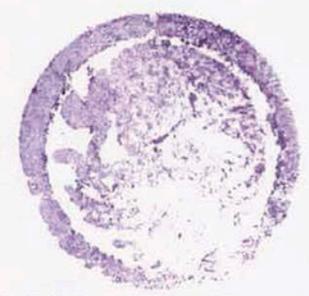
PQ 7297
.M82
Ej. 1/2017

Humberto Muñiz Mercado

13 GUARDIA MARINA EN MANZANILLO

1928

Novela Histórica
No. 3



Pro-fundación
Archivo Histórico
del

SECRETARIA DE ECONOMIA
SECRETARIA DE CULTURA
BIBLIOTECA

Municipio de Manzanillo 1999



PQ 7297
.M 82

MANZANILLO 2000

PQ 7297

.M82

2000

Ej. 112

C. P. Martha Leticia Sosa Govea
Presidenta Municipal del
H. Ayuntamiento de
Manzanillo, Col.

Secretario del Ayuntamiento

Lic. Jaime A. Hernández Ramos

Síndico Municipal

Cuerpo de Regidores

D. R. Humberto Muñiz Mercado

Cronista de la Ciudad y

Puerto de Manzanillo

Juárez #100

Manzanillo, Col.

Tel. 2-10-02

Editor: José Issaí González Partida

Ciclo: 1999, No. 3

Presentación:

Continuando con la labor de publicar aspectos históricos del Municipio de Manzanillo, les presento este extracto de una novela histórica, que nos informa de la vida cotidiana del Manzanillo marinerero del año de 1928.

Gustavo Rueda Medina, Teniente de Corbeta de la Armada de México, hidrocálido de nacimiento nos relata sus vivencias en éste puerto de Manzanillo con su singular sentido del humor único de los hombres de mar como hay muchos en Manzanillo, ésta es la tercera publicación y espero que sea como siempre de su agrado, deseando que ésta sea una forma de penetrar en la conciencia de hacer lo mejor y confiar en nuestra responsabilidad. 1999



Teniente de Corbeta
Gustavo Rueda Medina

LOS 13 CABALLEROS GUARDIA MARINA EN MANZANILLO 1928

Concluidos los estudios en la Escuela Naval de Veracruz después de tantos azares, les impusieron, colgados del hombro izquierdo unos bonitos cordones dorados y herretes, del cinto un sable, y en la bocamanga espiguilla de hilo de oro.

Las palabras oficiales del discurso, señalaron 8 veces el mar, 6 las naves, 2 las aulas, 14 al honor y como 18 el valor y terminó con las palabras “y no lo olviden, abandonan ustedes hoy la vida de la escuela, amable, regalada y tranquila, para enfrentarse a las asperezas, a las dificultades y peligros de la vida de Guardia Marina, se abre ante ustedes una senda muy dura. Ahora comienzan los sufrimientos en los que sus ánimos van a probarse”.

Aquellas palabras, erizaban los pelos y era para ponerse a llorar ¿de manera qué ahora comenzaba?

Con un sable, sus cordones y su espiguilla, los tres símbolos de su desgracia, eran remitidos a practicar dos años en los buques. Durante ese tiempo su situación era de perlas a bordo. No se consideraban aún como oficiales y se les podía emplear en rudas faenas marineras. Para los castigos si eran, ante la Ley, oficiales completos; para el

pagador eran unos pobres chicos que cobraban media paga, a pesar de que oficialmente eran llamados "Caballeros Guardia Marina".

Tendremos que seguir a trece de ellos, enviados al Pacífico, a un buque con base en Manzanillo y que interesan por ser los mismos que después invadirán la casa de Doña María. Constituían la mitad de una promoción, y en las listas de rutina habían sido llamados por la metálica voz del Sargento Primero: Heredia, Viveros, Bragaña, Chagoya, Villaespina, Acosta, Muñiz, Venegas, López, Valcázar, Arteaga, Noval, Aranda. Nombres que no es necesario grabar en la memoria para la inteligencia del relato, y que sólo consigamos aquí por un exceso de minuciosidad. Diez de ellos eran oficiales de cubierta y tres maquinistas navales.

Al llegar a bordo comprobaron que el señor aquél de los galones había exagerado al pintarles el panorama sombrío de su nueva vida.

El buque parecía alegre y atractivo; sus pobladores los recibían con amables sonrisas y estipulante cordialidad.

Siguieron, con paso afectadamente marcial, al Segundo Comandante que los conducía a presentar con el Comandante. Mientras caminaban por las cubiertas del buque, que brillaban de puro limpias, iban imaginando la alegría del "viejo" al conocerlos y el gesto cordial con que les diría seguramente: Bienvenidos, Caballeros Guardiamarinas, tomen asiento, están ustedes en su casa.

Al alcanzar la cubierta alta, en las inmediaciones de la Comandancia, el segundo se volvió y dijo: –Esperen aquí un momento, caballeros– ¡Qué momento! Se calaron bien la gorras, restiraron los guantes y se pusieron de acuerdo con la conducta a seguir: –Si nos ofrece té tenemos que aceptar– aconsejó el Brigadier. (Se llama Brigadier al Caballero más antiguo del grupo).

El Segundo había entrado en el camarote y se le oyó decir: –Con permiso de usted, mi comandante.

Los Guardiamarinas alargaban los cuellos para no perder ni sílaba de los transportes de alegría del “viejo”.

–Señor, se incorporan a trece Guardiamarinas que esperan para presentar a usted sus respetos.

–¿Trece dice usted?

–Sí señor, trece.

Va a ordenar el té, pensaban los Guardiamarinas.

–¡Trece!... ¡Pero qué horror, qué espanto! ¿Se da usted cuenta, Segundo, de lo que nos ha caído? ¿Qué vamos a hacer con esa cena de los apóstoles, en un barco que anda combatiendo a cada rato? Óigame, Segundo, ya que no es posible exterminar a esa indeseable casta, haga usted que no tengan un minuto de paz ni reposo: Retened, guardias a toda hora y en todas partes, que observen estrellas por la noche, que aprendan cuanto sea preciso y que se domen, que se domen mucho. ¿Entiende usted? Nada de sentimentalismos; use el arresto sin abuso, pero con saludable largueza.

... se hará, mi Comandante.

—¡Ah! Y trece, hombre, trece! El número es malo; queda usted en libertad de matar a uno en disgustos.

—¿Va usted a recibirlos?

—¿Yo? Pero le parece a usted que no he hecho bastante con recibir de pie tan tremenda noticia? Que venga el Brigadier; ya veré a los demás pollos en el puente.

—A la orden de usted, señor. Con su permiso.

—Sí, gracias. ¡Ah! Márqueles ahora mismo sus puestos de combate. Creo que ya sabrán que no vienen a jugar ping-pong.

Los caballeros estaban fríos. El Segundo llegaba sonriente:

El señor comandante lamenta no recibirlos a todos. Es muy sentimental y dice que cuando ve muchos jóvenes juntos siente una teraura ..., una emoción que lo ahoga. Que pase el Brigadier.

El aludido temblaba como el Distrito Federal y se perdió en el temido recinto.

Cinco minutos después salió, caminando hacia atrás como si se alejara de un emperador chino. Su cuerpo se contorsionaba en una mezcla confusa de reverencias,

venias y saludos: –Sí, mi Comandante. Enterado, mi Comandante ... muy bien, mi ...

–¿Y qué?– Preguntaron ansiosos los demás.

–¿Cómo qué? Pues que estoy frito. Nos vamos a alojar todos en la camareta de popa. Pero, (imitaba la voz gangosa del viejo y levantaba el índice amenazador) al menor disturbio, escándalo o conato de alteración de orden, a usted lo ejecuto. ¡Y sí lo hace, hombre, es un salvaje con una cara de maldito que le llegaba a las rodillas!

–¿Sí? ¿Cómo es?

–¡Feísimo! Te lo juro.

Feísima era en efecto la doma a la que sometía al Guardiamarina. No era raro, pues, que en tierra se comportara como una fiera suelta o como un torbellino destructor.

El buque era el transporte de guerra “Progreso”. A pesar de un nombre tan optimista, sus salvavidas mostraban una fecha desconsoladora: 1904. En la popa había un socucho, al que el aire y la luz pegaban apenas por dos claraboyas abiertas en el casco. Doce literas superpuestas, dos a dos, le daban un alucinante fumadero de opio. La ilusión era completa cuando nuestros Guardiamarinas roncaban en ellas.

Navegando, era necesario cerrar las claraboyas, que quedaban casi al ras del agua, para que el Pacífico no se netiera a hacer estropicios. Entonces era el aire tan

espeso, que la bombilla de luz eléctrica tenía halo de colores, como a veces la Luna. A falta de armarios, las perchas de la ropa se colgaban de las tuberías que pasaban cerca del techo y aquello parecía casa de empeños.

Cuando se apagaba la luz, la camareta se poblaba de extraños rumores y sobre los durmientes transitaban ratas gigantes como gatos de "Angora". Hubo que comprar enormes ratoneras de resorte en el primer puerto y esa misma noche cayó una rata de peso completo. Su espantoso alarido repercutió pavoroso en la noche, despertando a todos sobresaltados. Era el Caballero Bragaña que le presionaba la vejiga, sin sospechar que hasta las ganas iban a quitársele al caer atrapado por un juanete en aquella máquina infernal.

El alojamiento no era muy confortable que se diga, pero era un edén comparado con las penalidades que fuera de él se pasaban.

Ya se había averiguado que el "viejo" no era feísimo, como juró el Brigadier, lo que ocurría que tenía muy negro el hígado y que parecía no tener en el mundo más misión que amargar la vida de los Caballeros.

Menos mal que sus zapatos rechinaban y anunciaban el peligro a distancia suficiente para eludirlo, escurriéndose por algún oscuro callejón. En el puente de navegación sí era inevitable. Ahí era el sufrir de los Guardiamarinas de servicio. Los abrumaba con preguntas que revelaban una curiosidad impropia de su edad:

—Dígame, joven. ¿qué estrellita es aquella? —Para qué sirve esta barra que tiene la brújula? —¿Qué objetó tiene esa luz del palo? —¿Cómo obtiene usted el rumbo y la velocidad del enemigo?

¡Caramba! Parecía increíble que dieran el mando de un buque a un señor que ignoraba tantas cosas elementales y necesarias.

¿Y el oficial de Navegación? Ese sí que parecía Eros por tantas Perrerías como hacía a las criaturas. Era un continuo despertarlos a todos a cada rato.

—Caballeros Guardiamarinas! al puente, del orden del Oficial de Navegación. Que se aproxima la Meridiana de Arturus —Chillaba el portador.

Y cuando no era Arturus, era Spica o Betelgesen a los demonios encadenados.

Con cuanta razón decía el Caballero Viveros: —¡Qué tío! No veo la razón de levantar a un pobre chico para ver el paso de todas las estrellas por el meridiano. Si todos pensarán como él, ningún niño dormiría en el mundo.

El Segundo sí era una bella persona. Firmaba las boletas de arresto con una sonrisa tan cautivadora, que entraban ganas de decirle: otras veinticuatro horas, por favor.

Además se combatía. Antes de tres meses había caído el Guardiamarina Villaespina. La bala le reventó la sien y

↓
Jose Villalpando Rasón

le dejó un agujero sangriento y desgarrado, como un clavel.

Los muchachos comprobaron en carne propia que aquello no era jugar ping-pong. El "Viejo" estaba arrepentido de la broma que tres meses antes gastará al Segundo al autorizarlo para matar a uno. Ya había muerto, pero no a disgustos, sino en la línea; sacrificado en esas absurdas discordias nuestras que revivían antagonismos religiosos, que debieran estar enterrados con Lutero, con Calvino y con Felipe Segundo.

La cosa fue en Manzanillo y no había sido granito de anís para el buque, que combatió solo contra fuerzas rebeldes que debieron ser numerosas para dejar en el campo 600 muertos. Los cañoneros tronaron desde el amanecer hasta la puesta del Sol.

Caín mataba a Abel. Antes del ocaso llegaron los refuerzos; se dominó la situación y hubieron crueldades.

Unos desdichados asaltantes que murieron medio quemados en una casa de palma, que incendió el cañón, fueron colgados en los postes del parque. Sus ropas se habían incendiado y mostraban sus miembros monstruosamente hinchados por las quemaduras.

Después de esas emociones, los muchachos saltaban a tierra con las gargantas secas y con deseos de aturdirse. Luchando contra hermanos, aún la victoria pone amargor en la boca y una piedra sobre el corazón.

¡Cerveza para doce! ¡Fría como saliva de muerto!

Y el "Salón París" se llenaba de escándalo, que rebosaba por las puertas y rodaba por el parquesito. Era éste como fondo de un gran embudo que formaban los cerros cubiertos de vegetación alegre y de poca alzada. En las vertientes se escalonaban, apretadas entre sí.

Las casas de carrizo y palma, dando la impresión de estar unas sobre otras. Si en el parque se hubiera celebrado una corrida de toros, los vecinos con sólo asomarse a las ventanas, hubieran quedado estupendamente situados para presenciarla, como desde las graderías de un coso. En la estación de las lluvias, que siempre caían acompañadas de imponente sinfonía de rayos, que rebotaban con mil ecos en la oquedad, bajaban de los cerros fragorosas torrentes que inundaban el parque antes de ir a enturbiar las aguas marinas, con el lodo recogido en el viaje.

Por los causes que habrían tales torrentes bajaba a veces rodando, como armadillo en caparazón, con estrépito de piedras removidas y acompañamiento de ayes lastimeros, algún Guardiamarina que abandonaba precipitadamente la aventura galante del cerro arriba, ante la amenaza de un machete vengador que zumbaba como víbora chirrionera.

Entre el parque y los muelles se dilataba una explanada asfaltada llamada "Playón". La limitaban, por un lado el edificio de la Aduana y por el otro unos galpones que almacenaban maquinaria vieja y ferretería oxidada propiedad (en litigio) de una empresa de obras marítimas.

En el "Playón" se celebraban los bailes con demasiada frecuencia y facilidad. Bastaba que un grupo de juerguistas "pusiera música" en su centro y lanzara al aire cohetes luminosos que, dada la disposición del pueblo subían a las casas como invitaciones a domicilio, para que las mil veredas de los cerros y la única calle plana se poblaran de gentes que acudían solícitas al detonante reclamo.

Todo el pueblo acudía a tales bailes y la democracia en ellos era absoluta. Fraternalizaban ahí desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca. Todos los comercios semi-fijos: fritangas, tamales, canela con rompopo y otros antojos, se trasladaban inmediatamente a poner al baile marco bullicioso con el crepitar de sus fritos y las inestables luces de sus antorchas de petróleo.

Después de este marco de comercio, que era a manera de primera fila, se establecía un segundo de expendios de aguas frescas, ponches de granada, cervezas y tuba de palma, éstos eran atendidos por las pupilas de las casas de vivir alegre, que quedaban ociosas en tales ocasiones. Esto obedecía a la lógica, más aplastante, ya que sería absurdo negar entrada a fiestas públicas a mujeres que también lo eran. Su derecho era indiscutible, era de ver la seriedad con que desempeñaban sus samaritanas funciones, como si hubieran echado siete llaves a la puerta de los pecados o entendido que cada hora tiene su afán.

El cuadro así delimitado, más que pista de baile se antojaba un agitado mar de grupas, codos y rodillas, en el que bailadores braceaban como náufragos. El aire era de polvos faciales, jabón de Castilla, sobaquina y mechas

quemadas.

Entre las cantinas o recorriendo el parque, pasaban y repasaban los "mariachis", cantando y tocando sobre las huellas de un borrachín generoso y espléndido o bien a la caza de cliente con el arpa y los guitarrones colgados de los hombros. A conveniente distancia vigilaban los de la "acordada". Estos jinetes, pintorescos y desalmados, cubrían servicios de policía. Su estampa era alarmante: les cruzaban pechos y barrigas, en todas direcciones, las cartucheras de cinta apretadas de proyectiles, cuyas puntas brillaban como los eslabones de una cota de malla. Completaba su equipo un variado arsenal de armas: carabina, pistolas, machete y a veces un descomunal cuchillo, de esos que llaman de quijada. Una reata arrollada y suspendida de los tientos de la montura, era elemento indispensable para las aprehensiones a distancia.

Estos funcionarios eran a la vez agentes niveladores de las fianzas del ayuntamiento. Pocos días antes de las fechas en que debían cobrar la soldada, los congregaba el Presidente Municipal como para revista y les confiaba llenamente sus cuitas: —No hay dinero para pagar el "chivo", muchachos. Es urgente echar muchas multas para emparejarnos.

Este programa económico expuesto de tan sencilla y expeditiva manera, inflamaba hasta lo inconcebible el celo policiaco, que se desparramaba por el pueblo al trote de los jamelgos.

Ningún ciudadano podía detenerse ni para atarse un zapato, sin ser acusado de inmediato de orinar en la vía pública; o de mayores desahogos, si a mano había un "cuerpo de delito" que hiciera verosímil la acusación, aunque el tal cuerpo no hubiera sido nunca de la propiedad íntima del inculpado.

Estos energúmenos ignoraban la ley por el solo afán de emular a las autoridades municipales superiores, que la desconocían en absoluto.

Por ello, los Guardiamarinas tenían esos días, que en lenguaje financiero del ayuntamiento se llamaban "de arrastre", más que el vómito negro.

Los ciudadanos civilizados se negaban a aceptar tamañas arbitrariedades y lo corriente era que acabaran lazados y corriendo, con las lenguas de fuera, tirados por caballos que los ponían en la Comisaría a velocidad fantástica. Estas resistencias agravaban los supuestos delitos con: faltas a la Autoridad, insultos a la Policía, allanamiento de morada y otros caireles que a su antojo e invención los colgaba el zopenco con pantalones que hacía de juez.

Cualquier pellizco afectuoso en un anca provocativa era falta a la moral; tararear una canción, alteración del orden y escándalo en la vía pública.

Una vez que las finanzas se nivelaban, la policía tenía un merecido periodo de descanso. Sus caballos aparecían atados a la entrada de las tabernas, mientras los dueños se

echaban muy buenos latigazos de tusca, que se jugaban entre ellos con los dados. Buen trabajo les había costado ganar sus pesos y nadie veía mal que los disfrutaran a placer.

Era explicable que entonces menudearan las pependencias, los tiros y las puñaladas, sin que apareciera uno de tan celosos guardianes del orden.

Este retrato se podría poner, en aquellos tiempos, frente a cualquier pueblo de la costa, con la seguridad de que lo reconocería, si no como el suyo, cuando menos como el de un hermano o pariente cercano.

El ambiente era, pues, como para que los Guardiamarinas llevaran una vida tan apacible y ordenadita, y hasta para que se les confundiera con seminaristas.

—¡Cerveza para doce! ¡Fría como saliva de muerto!

Frente al parque estaba el “Salón París”.

Saltaba a la vista que Vidal Omaña, el propietario, tenía una idea no ya pobre, sino menesterosa, de la gran capital. Su París era un barracón de madera, cuyo piso había quedado hundido metro y medio bajo de la plaza, a consecuencia de una nivelación que fue parte de un gran proyecto de obras portuarias. Tales obras quedaron inconclusas, como tantas en esta suave patria, y parecía que no hubieran tenido más finalidad que enaltecer el parque y rebajar la dignidad del “Salón París”, menguándole la estatura.

Como resultado de dicho rebajamiento, la puerta de salida tenía una escalera de ocho peldaños, que eran ocho sufrimientos para los ebrios. Los huecos que debieron ser ventanas, quedaron reducidos a mirillas que, por fuera, quedaban a la altura de la acera y que hacían el lugar inaccesible a miradas indiscretas, como el curioso no se pusiera en cuclillas. En cambio, los parroquianos sacaban las miradas a través de esas aberturas, y veían pasar muy buenas pantorrillas que iban de incógnito. Cliente hubo que mirara entusiasmado las de su propia mujer con muy castizo arranque: —¡Eso son piernas y no las que tiene uno en casa. Lástima que no sean carne para perro!

Desde un ángulo del salón, Vidal Omaña vigilaba la marcha del negocio, jugando aquellas interminables partidas de dominó con las personas importantes. Estas eran los comerciantes prósperos y los funcionarios con derecho de "mordida"; porque en este país la importancia de las personas se mide por los pesos que soportan como si fueran burros o por la habilidad que demuestran para morder con suavidad, como si se tratara de perdigueros. La inteligencia que es la facultad exclusivamente humana, casi no cuenta ni reporta consideraciones.

Era Omaña grandote, retinto, hoyado por las viruelas, con un sombrero siempre insuficiente para su cabezota, posado sobre la coronilla y provisto de un vasto nalgatorio que asentaba con suma delicadeza sobre una especie de llanta de goma, porque no sé las molestias que padecía en mala parte.

Cuando algún borrachín alteraba el orden más de lo que

permitía la regla de la casa, que era bastante y puede decirse que se detenía en los linderos del asesinato, se le aproximaba con su blando caminar de oso y poniéndole sobre el hombro la manota, le decía entre amenazador y cordial: -"Que haiga paz, amigo, que haiga paz ..."

Y había paz. Su estatura y su pistolón eran argumentos pesados. Por si lo fueran poco, en el rincón estaba el carnícalo con pantalones, que hacía de juez. Este llevaba americana y chaleco, en concordancia con lo científico de sus funciones y lo elevado de su cargo. En el bolsillo trasero del pantalón llevaba siempre una pistolilla casi de juguete; que era solamente simbólica, ya que para cumplir sus designios contaba con los jinetes de la "acordada", con más bocas de fuego, cada uno, que el Peñón de Gibraltar.

Por las noches la iluminación era "a giorno" y el París, con su barra brillante, su gran espejo, los anaqueles bien provistos de botellas de todos los licores imaginables; la abundancia de pistolas sobre las caderas de los parroquianos y el ir y venir de las meseras de rostros decorados al fresco y alegres grupas, parecía una taberna del far west, desvanecida por la niebla de los cigarrillos. Olía a lúpulo y a polvos de arroz.

Omaña era bastante complaciente con los Guardiamarinas; hasta se prestaba a guardarles los chaquetines de uniforme en la trastienda para que, en mangas de camisa, hicieran de las suyas a sus anchas. Podían ellos beber como caballos, romper cristalería a su antojo y convertir el salón en campo de batalla a chorros de sifón.

Tales prerrogativas se obtuvieron una noche, en que el caballero Valcázar, hombre locuaz y de buen humor, fue llamado al orden con la frase sacramental: —Que "haiga" paz, amigo.

—Mi gigantesco y nuevo amigo: ¿Qué hubiera sido indefenso y atolondrado antepasado, devorador de raíces y trepador de lianas, si le hubiera pasado por el meollo embrionario la idea perniciosa de echarse a cuestras a cuanto iguanodonte, dinoterio, mastodonte o megaterio se le plantara delante invocando la cándida paloma de la paz? Hubiera finado, aplastado tal ingenuo digno y usted estaría en el porvenir de una cópula hipotética, mi macrecéfalo amigo.

La paz es quimera fugitiva, entelequía frágil, como talavera cerámica, señor; es bula pontificia que Pío Nono produce y a nautas cobija. Albión pérfida recoge y un Windsor ordena: por ser mi certidumbre como templo longa que del azar procede y que al ponto retorna, sosiego al navegante en esos reinos; sea su sosiego truculencia y vino. Y si la vertical abate y el agro mide con su talla entera, el esbirro rebata la alabarda y vele que Morfeo se pose bondadoso sobre el nauta. Aunque haya sido contundente y fiero, destructor como el bóreas, no dejará el viñedo que cual simún reseco su gaxate sea, en las tierras de Albión mientras las pise. —Usted comprende, mi linfático amigo, que un Windsor no dictara tal decreto si su majestad británica no poseyera tan preclaro seso como el que le permite analizar, comprender, la anatomía bíblica de los toreros de Checoslovaquia.

Omaña, estaba viendo visiones y no acertaba a

comprender a qué aludía aquel disparatado discurso: –Voy en su ayuda señor Omaña –dijo Alcázar– a traducirle al vulgar este decreto del Rey de Inglaterra.

Dice que siguiendo el ejemplo del Papa Pio Nono que tanto protegió a los Guardiamarinas, que hasta lo hicieron Almirante y considerando que el marino viene del peligro y vuelve a él. Inglaterra ordena que en los puertos ingleses los Caballeros hagan lo que les dé la gana, aunque rompan cosas: que cuando se emborrachen demasiado, los policías les velen el sueño y que cuando buenamente despierten, les inviten a beber algo para que se curen la resaca.

Pero eso es allá, mi excelente amigo, en países avanzados y con leyes justas, no vamos a esperar que en Manzanillo se haga lo mismo. No dan peras los olmos.

–Todo esto estará muy bueno, pero yo nomás le digo que "haiga" paz, amigo.

Sin embargo, la actitud de Omaña se modificó a partir de aquello; acaso pensó que un Omaña no era menos que un Windsor, y hasta dispuso en el patio un catre de campaña para que el Caballero durmiera tranquilo su última noche, antes de las 14 de arresto con que le tarifaban a bordo esa infracción.

Fácil fue, después, convencerlo de que Pío Nono había dicho, además, que los Guardiamarinas debían de gozar de muy liberal crédito en todas las tabernas del mundo, porque, había dicho el Papa: –Ad usum Caballeros Navegat ad vitam aeternam ad ovo alla militare referendum. Albo Lapillo notare diem ad valorem aeternum vale. A contraris negra cae.

Que como todo el mundo sabe, quiere decir, mi estimado Omaña, que los Caballeros navegan la vida eterna, a la fuerza y de orden militar, por lo que se debe señalar con una piedra blanca el día o fecha y el valor de sus vales. Que el cantinero que hace lo contrario le cae la negra.

Y es natural que así ocurra, porque el Sumo Pontífice predicó que desconfiar de la gente que vive en peligros y no abrirle brazos y crédito, es como sospecharle pronta muerte y acarrea eso muy mala fortuna. Palabras con las que termina su oración en latín: negra cae. ¿Ve usted? Que cae la negra, hombre.

Parte por los latines de Pío Nono y parte por consejo de Tayde. Omaña abrió el crédito tan ampliamente, que si un cañonazo hubiera alcanzado al "Progreso", abriéndole un boquete en la flotación, el impacto hubiera repercutido en la flota francesa hundiendo al "París".

Tayde tenía gran ascendiente sobre el propietario, que la consultaba, entre ciertos límites, porque el hombre no era como para confiar a cualquiera las mil tortuosidades de su negocio.

Tayde era la principal atracción del "Salón París".

Poseía unos hermosos ojos mexicanos, brillantes y negrísimos sombreados por unas pestañas así. Su cabello era azul de puro negro y su popa tenía el balance suave y acompasado de los acorazados. Ella sola había producido entre los Guardiamarinas más disgustos que todos los oficiales de a bordo juntos.

Además, cantaba con una voz fresca y bien modulada, aquellas canciones lindas, que parecían hechas adrede para cantarse en aquel fastuoso escenario tropical, en las noches cálidas, bajo el temblor de las estrellas.

Su temperamento se ajustaba a maravilla al de los Caballeros. Es tiempo de decir que el Guardiamarina tiene vetas románticas que lo hacen Quijote, Cyrano e inquisidor, según la ocasión. El más alborotado tumulto de esos tunantes se aplaca con los buenos poemas, con discursos ingeniosos y con bellas canciones, que los ancalman y asientan como el aceite a la ola embravecida.

Tienen, efectivamente, algo del desgobierno, de la turbulencia del mar...

No solamente Tayde; todas las meseras amaban a los muchachos en el más amplio sentido del vocablo. Tal unanimidad de aficiones era terrible arma de represión que se usaba contra Omaña cada vez que éste quería dar un paso atrás en las concesiones que le habían arrancado y que ya eran muchas: —Nos vamos todas y la clientela nos sigue—. Le decían en amenaza.

En la azotea del "París" se veía siempre a un sordo llamado Fidencio. Además de empaquetar botellas vacías, lo que parecía ser su ocupación habitual; tenía especialísimas misiones a él confiadas por los importantes que jugaban abajo al dominó con Omaña y que no debían estar en muy buena paz con sus conciencias. Era el sordo un vigía que desde su atalaya avisaba si se aproximaba algún peligro, con pistola y pantalones, fichado por los de abajo. Procedimiento

que nos libra de nuestros enemigos, con más eficacia que rezando el Padre Nuestro.

Por influencia de Tayde se consiguió que los jefes de a bordo fueran incluidos en la lista de los enemigos del "Salón París" y que se les anunciara no mal pisaran el muelle, saltando de sus canoas.

Había así tiempo para arreglar el escenario o de abandonarlo si era preciso.

El comandante no era un peligro. Solamente bajaba a tierra los domingos: muy estirado dentro de su uniforme o bien de civil, impecablemente vestido de blanco, con una minúscula violeta en el ojal; símbolo de una modestia incompatible con los arrestos, con las reprimendas y otras arrogancias de su vida a bordo. ¡Paradojas! —Después supieron los Caballeros que Violeta fue, de nombre, la esposa muerta hacia años y comprendieron aquella única nota sentimental del "viejo". Era realmente poético llevar a Violeta sobre el corazón. Solía sentarse en un banco del parque frente al "París", era necesario entonces, para los Caballeros, sentarse afuera en las mesillas que sacaban los domingos, correctamente uniformados, a beber agua de coco con una paja. No se requiere ser genio para adivinar que los tales cocos eran vaciados previamente en la trastienda y rellenos con cerveza bien helada. El Comandante contemplábalos con aprobatoria sonrisa, sin alcanzar a comprender cómo aquellos muchachos podían beberse, una tras otra, las aguas de quince cocos, cuando es fama que una sola ocasión a veces dolores de vientre. ¡Feliz juventud! ¡Que estómagos!

El "París" no les ocupaba todas las horas francas. Sólo por la noche acudían los Guardiamarinas a ese centro que era: campo de batalla si alguno la armaba; ateneo de artes y ciencias, si había parroquiano que quisiera enzarzarse en discusiones o polígono de tiro, cuando llegaba Ramón Noya. Oficial artillero de la Armada que a la sazón navegaba en la marina mercante.

Este fanático de los cañones, corto de estatura, de facciones correctas, con bigotillo gemelo del de Hitler, era un conversador ameno e infatigable. Su casco colonial en una percha del "París", era indicio cierto de que la noche sería artillera. Decíamos que ese fanático de los cañones provocó una noche la catástrofe.

Conversaba, en la mesa de los Guardiamarinas, sobre su tema favorito, sazonado con muy buenos tragos, no se podría decir de qué, porque variaba las bebidas como si tuviera curiosidad de catar todas las existencias de la casa. Tenía el hombre eso que llaman "buen vino". Su embriaguez se manifestaba solamente en un terco parpadeo del ojo izquierdo, muy a tono con el tema que exponía, ya que parecía que apuntaba al blanco. Además, cada treinta segundos lanzaba por un ángulo de la boca una escupitina; era esto más una manía que un desahogo, pues las escupitinas eran pequeñas como postas y varios tiros le fallaban, reduciéndose la cosa a soplidos que defraudaban a la concurrencia. Hablaba y hablaba de cañones.

En una mesa cercana bebía un marino sueco, enorme, como todos los suecos, incluso los que usan las gallegas, (perdón señoras).

El zapatón de aquel sueco se encontraba al final de la parábola que describían las postas que lanzaba Noya cada treinta segundos, como se ha dicho, a excepción de los tiros que fallaban.

Como la gota de agua acaba por perforar la roca, el sueco se dio por fin cuenta de que le habían horquillado perfectamente el blanco, y encarándose con Noya le dijo con su abrupto acento nórdico: —*"Eh, amigo, cogojá osted su tigo que me tiene muy bombagdeado mi zapato"*.

La carcajada fue enorme, y el sueco, feliz de los resultados de su ingenio.

Invitado a tomar parte de la charla, mudó de mesa y demostró su cordialidad y alegría a manotazos amistosos que hacían toser por lo efusivos.

Tan extremoso y contundente se puso el sueco en sus demostraciones de afecto, que todas las espaldas estaban ya rojas y doloridas. Deliberaron los Guardiamarinas y decidieron que, ya que sería imprudente picarlo para quitarle poder; lo que seguramente hubiera traído complicaciones internacionales, era cuando menos darle "caballo".

Esa suerte consiste en abalanzarse sobre la víctima a como dé lugar hasta tenderla de espaldas en tierra. Una vez así, se le sujeta por brazos y piernas, con uno o dos hombres por extremidad, según la corpulencia del detenido. Acto seguido se le agrega azafrán... (¡No; eso es de una receta de cocina!) —Acto seguido se le montan dos hombres a horcajadas sobre pecho y vientre. Terminada

así la parte estática de la maniobra, se procede a levantar y bajar al sujeto con brusquedad, dándole suficiente aire y vuelo. Los jinetes aprovechan las subidas para meterle espuelas, moliéndole los riñones a talonazos.

Como se planeó, se hizo, y el suecazo subía y bajaba con los faldones de su camisa tremolando alegremente como banderas.

Terminado el ejercicio, aquella masa nórdica se levantó riendo a carcajadas; sin embargo, las centellas de sus ojos hablaban de su dignidad ofendida y este mal indicio se completaba con terribles manotazos que repartía a banda y banda y que zumbaban como aspas de molino, al girar de sus brazos contundentes como garrotes.

El Brigadier tuvo la desdicha de ser alcanzado por un volatín de aquellos que hasta le corto el resuello y de ser atraído por el aspa; cosa que le enfrentó de repente con el escandinavo. El desdichado Caballero lo miró con sonrisa amistosa y humilde, reveladora de su convicción de que la cosa no era para tanto. Una súbita inspiración le trajo a la mente las previsoras lecciones de jiu-jitsu que le diera la Escuela Naval.

Rápido como rayo, asió al sueco por el cuello de la camisa, le plantó un pie en mitad de la barriga y se dejó caer de espaldas arrastrando al otro.

Cuando esta llave se aplica bien, el enemigo sale volando para caer de espaldas a dos buenos metros de distancia. Desdichadamente esta explicación solo sirve para

ilustrar al lector en la defensa personal, porque en aquella ocasión las cosas ocurrieron de otra manera. Cuando el Brigadier estaba tendido boca arriba, con el suecazo sobre su pierna vertical y extendida, ésta se le dobló por el peso excesivo de aquella mole y el mastodonte se desplomó cayéndole a horcajadas sobre las tripas. Aprovechando el viaje que ya traía, le descargó tan macabro puñetazo en un ojo, que el infeliz sintió que le incrustaban un trozo de firmamento en la cabeza.

Entraron los peones al quite y el sueco se levantó ya sin centellos en los ojos, pero todavía juguetón, alegre repartiendo aquellas terribles campanadas que hacían ver chispas y que, por lo visto, eran de Suecia, juegos infantiles y divertidos, como por aquí la "víbora, víbora de la mar".

Huían los Caballeros y la meseras como torpedos, esquivando los bandazos de aquel acorazado al garete.

Las cosas iban mal, pero se pusieron peor al parecer en la puerta otros tres suecos tan grandotes y brutos como el que se balanceaba adentro. Para los Guardiamarinas fue como si en el horizonte hubiera aparecido toda la escuadra sueca. Ver aquellos bárbaros a su compañero tan entretenido en el jueguito aquel de los manotazos, encenderse su sano y patriótico regocijo y agregarse retozones al corro, fue todo uno. ¡La que se armó entonces! Aquello era Holanda por tantos molinos. Para defenderse de las aspas, los Caballeros usaban sillas como escudos, que presto les eran convertidas en astillas, volaban botellas, las camareras rezaban la *Magnífica* debajo del mostrador, y Omaña ponía la victrola a todo volumen para apagar el ruido de la tremolina:

—Que haiga paz, hombre. Que haiga paz...! —Su voz era un soplo vago en el estruendo del combate.

La noche fue artillería. Las camareras favorecieron la fuga de los Guardiamarinas, y cuando la policía llegó, Omaña, de pie sobre los escombros, declaró generosamente y casi con lágrimas en los ojos, que había sido un terremoto.

Su amistad con el pámpano con pantalones que hacía de juez, haría válida la versión del terremoto y no sería difícil arreglar cuentas de daños con los Caballeros.

Ramón Noya había desaparecido durante la marimorena. Los Caballeros lo buscaban entre los escombros con inquietud que se convirtió en indignación al descubrirlo, muy quitado de penas, tomando un refresco en el kiosco del parque. Él, muy tranquilo, declaró que los combates se aprecian mejor desde lejos y con prismáticos. —Yo soy artillero— aclaró aún —jamás llego al cuerpo a cuerpo.

Seguramente por la indiscreción de la censura llegó a bordo alguna crónica de la batalla, porque los muchachos quedaron por un mes a bordo, reparando averías y aprovisionando la flotilla.

Por las tardes, a partir de las cinco, en que los Guardiamarinas eran conducidos del buque a tierra en robustos botes de remos, se dedicaban a las atenciones de su vida social que se había tornado activa por inesperadas circunstancias.

Después del frustrado asalto de los rebeldes al pueblo, los moradores sentíanse inseguros y temerosos de que aquél se repitiera: los jefes de familia temblaban por la castidad de sus hijas, que siempre peligraba en azares de aquellas incursiones.

Los buques de guerra se hicieron entonces depositarios de aquellos cada vez más escasos tesoros. En lanchas, botes y canoas, eran embarcados diariamente, a la puesta del sol, coincidiendo con el arriar de las banderas.

Apagaban los buques sus luces para ocultar su posición en la bahía, pero a la de la una que nevaba deliciosamente las cubiertas, se enzarzaban románticos idilios, que encaminaban a las muchachas al mismo peligro del que venían huyendo: pero ya con música de Mendelssohn y letra de San Pablo. Y así ni quien alegue.

Era grande la cantidad de refugiados. Se hacía difícil transitar entre tantas gentes que buscaban acomodo lo mejor que podían, echando mano de: sillas de extensión, hamacas, colchonetas y mantas. La obscuridad mantenía a los varones encargados de la vigilancia, en perpetua alarma, que los hacía desear que los tripulantes fueran todos mancos.

Sería estúpido pretender que los Oficiales fueran insensibles al encanto de aquellas veladas. Las noches eran tibias en la calma de la bahía anchurosa. El huir de las sardinas, perseguidas por el jurel, arrugaba el raso del mar en pliegues fosforescentes, como los visos del terciopelo verde. De los mástiles se desprendía el cielo, como dosel enjorado; olía a yodo, a mujer y a trópico.

Se anudaron allí muchas amistades, que los Caballeros frecuentaban después de sus horas francas.

A las primeras lumbres del orto, se desembarcaba aquella tropa policromada y bulliciosa.

Todos estos incidentes, iban metiendo aquel barco en el corazón del pueblo que lo consideraba ya como propiedad exclusiva. Se explicaba así que las gentes hubieran aprendido ya a interpretar las señales que el semáforo del vigía desplegaba para anunciar las entradas de los barcos: —¡Cruz de guerra, cruz de guerra...! Pregonaba la chiquillería a grito abierto, saltando entre los riscos de los cerros. El aviso se propagaba como el azogue por el pueblo, y todo en él eran carreras y preparativos. Todos los sectores sociales tenían algún interés sentimental en aquel buque.

Cuando regresaba de acciones de guerra, la ansiedad y la angustia se enseñoreaban del puerto. Después del combate de Mazatlán, corrió el rumor de que media tripulación había muerto en el encuentro.

Se explica, pues, que cuando apareció en el horizonte la bandera desplegada del pico, el entusiasmo desbordara. Las profesoras de las escuelas dieron libres a los chicos "de sus pistolas". Los arrapiezos se lanzaron a todo correr hacia el rompeolas, seguidos por los "mariachis", marimberos y demás músicos ambulantes. Tras ellos corrió medio pueblo, y el espigón aquel estaba atestado de curiosos. Cuando el buque pasó enfrente, le tributaron vítores y aplausos; los "mariachis" tocaban, el comandante todo confuso, no sabía qué actitud asumir ante recepción tan inusitada. Dio por fin

dos vueltas al puente con la montera ... ¡digo! Con la gorra en la mano para agradecer la ovación.

Los Caballeros se divertían extraordinariamente con todo esto. No sabían que eran ellos precisamente. ¡generosa juventud! Los móviles de tanto afecto.

Los Guardiamarinas eran populares. No desdeñaban ir a merendar leche con camotes tatemados; a la modesta fonda de "Doña Fragata". La dueña era mujer alta frondosa; vestía siempre limpiísimos vestidos blancos y almidonados, que le daban de verdad la apariencia de una fragata vista de proa, con todo el trapo largo. Debía su mote a los muchachos y no le disgustaba. ¡Se pasaba tan buenos ratos con aquellos bergantines!

Visitaban los billares de "Juan del Diablo". Tenían comadres y ahijados en todos los cerros y al borde de todas las veredas. A veces, afloraba el genio cruel y burlesco que todos llevaban dentro y entonces hacían barbaridades. Cómo aquella ocasión en que, en un modesto bautizo, uno de ellos prometió un magnífico coñac e hizo copas de Listerine a todos los invitados: —¡Caray, —comentaban las humildes mujeres del pueblo— lo que es no estar una impuesta a tomar esos licores de rico! Pero raspa mucho ¿Verdá, comadrita?

—¡Cállese, comadre, qué van a creer

Y se echaban entre pecho y espalda el desodorante y astringente y no sé cuantas cosas más, con lo que, de seguro sus encías quedaron firmes y apretadas para cien años.

A pesar de todo se les quería y se lo habían ganado a fuerza de buenas obras. El Caballero Noval se pasaba buenos ratos a la cabecera de los enfermos, y no precisamente por espíritu cristiano, sino por sostener aquella fama de médico en mala hora conquistada.

En esos pueblos florecían enfermedades raras: —Fulanito está enyerbado—. Y fulanito declinaba: se mustiaba y se ponía amarillo y apergaminado. —Mengano está alambrado y mengano anadaba encorvado, sentía las púas de los alambres desgarrarle el pecho y su mal era rebelde a todo tratamiento —No le haga, doctor, todo es por demás. Soy alambrado.

La madre de Isabel estaba alambrada. En cambio Isabel estaba bastante bien. Muchacha pizpireta: quince años bien llevados; muslos rectos y altos; senos firmes. El Caballero Noval no podía permitir que aquel pimpollo quedaría huérfano a edad tan temprana. Se presentó un día a tratar el caso. Se había calado sobre la nariz unos lentes de cadenilla, de esos que dan aspecto científico, aún a los escaparates de las casas de óptica. En la mano llevaba, a guisa de maletín, la caja de su sextante. (Los marinos usaban este instrumento de reflexión para medir la altura de los astros con toda exactitud).

Hizo acostar a la enferma; se sentó al borde de la cama y comenzó gravemente en el interrogatorio conciso:

—¿Alambres?

—¡Ay, sí! Alambres.

-¿Seguro, alambres?

-Creo...

-El alambramiento sabrá mejor. Ordenó entornar la ventana; abrió la caja con exquisito cuidado y atrajo el complicado instrumento. Le caló el anteojito, jugueteó con los modificadores de cristal; apoyó el limbo sobre el pecho de la paciente y corrió suavemente la aliada varias veces, mientras escuchaba atentamente con el oído puesto en el extremo.

-No parece...

Destornilló el anteojito y lo introdujo en la boca de la enferma, que parecía así fumar un enorme puro. Tomó el pulso con la vista en el reloj y, por fin, se asomó por el anteojito.

-Pues ... no parece ...

Volvió a montar el tubo en el instrumento y esta vez lo mantuvo a corta distancia del pecho de la víctima.

-¡Ajá! Alambres ...

-No me diga, doctor ...

-Asómese, señorita.

-¡Sí, mamá, se ven alambres!

Claro que se veían alambres. Algunos de esos

instrumentos tienen un retículo con alambres cruzados. El muy pillo había interpuesto el modificador rojo, de manera que Isabel vio los alambres en el interior rojo del cuerpo de su desdichada madre.

—¿Qué hacemos, doctor?

—Nosotros nada. Los rayos "oxhídricos" que lanzó al alambrímetro están trabajando ya en su organismo. Es un proceso complejo. El hierro de la sangre debe ser reabsorbido. Son pocos alambres; garantizo la curación en ocho días. Pero completaremos el tratamiento con unos ejercicios de respiración para oxidar rápidamente el líquido sanguíneo.

Puso a la mujer en ridícula postura, sobre codos y rodillas. Así tenía que aspirar y espirar profundamente, mientras balanceaba el cuerpo hacia delante y hacia atrás.

—Un cuarto de hora todas las mañanas —recomendó por último.

—¿En ayunas, doctor?

—En ayunas.

Volvió todos los días para seguir de cerca el proceso. ¡Cómo no iba a volver! Si parecía que a Isabel le sentaban los rayos mejor que a la enferma.

Al octavo día se presentó el Caballero con el alambrímetro. Pero esta vez con un anteojo sin alambres.

Isabel comprobó estupefacta el milagro.

—Hija —decía la enferma en la última desconfianza,
—júrame que ya no vez los alambres.

—¡No, mamá, por Dios que no!

Y aquella mujer sanó. Son gentes enfermas de preocupaciones, de miserias, de ignorancia, qué sé yo.....

Como pago, Noval exigió que no se revelara el secreto de su aparato, por no haberlo patentado todavía.

Sin embargo, el buen éxito lo puso a las cabeceras de muchos enfermos.

Así vivían los Guardiamarinas en su puerto de base, en el que, por ser conocidos por las personas bien, se veían forzados a llevar la vida apacible y burguesa que se ha descrito.

En la mar, su mundo se reducía a la incómoda camareta a la cubierta erizada de peligros.

En la camareta se había establecido un gran espíritu de clase y una total comunidad de intereses. Nada era allí ajeno; los trajes rolaban sin más limitación que imponía la diferencia de estaturas. Jabones, pastas dentífricas, talco para el baño, grasa para el cabello, hojas de afeitar... todo era de la comunidad. Ni el dinero escapaba a tan avanzada regla.

Cuántas veces, en puertos distintos, se presentaba un Guardiamarina escoltado por: músicos, cantineros, meseros y otros pájaros que representaban a los diversos establecimientos donde aquél había pasado la noche y que exhibían cada uno la nota de fabulosas cuentas. Todos estos "ingleses" permanecían en un bote que rondaba el buque, mientras el deudor bajaba a la camareta.

—Me fui de orza, hermano—. Tan simple explicación lo facultaba para meter mano en todos los bolsillos hasta recaudar la cantidad que necesitaba.

Había días de estrechez económica en los que nadie iba a tierra. Entonces se organizaban óperas espeluznantes.

Venían las épocas buenas, los viajes a California o a Panamá y las vivían como príncipes herederos.

Siempre pagaban sus deudas. Es posible que a veces tardaran meses, pero al primer cambio de fortuna se liquidaban los atrasos.

Por aquellos días, terminaba la cadena de revoluciones y cartelazos que habían tenido en jaque a los gobiernos, y el país volvía lentamente a la normalidad. Esto hizo entrar a la Armada a la anormalidad; como los buques no se necesitaban ya para bombardear la costa, germinó en la mente de los gobernantes la idea, errónea desde luego, de que la misión de aquellos había terminado. Se suprimieron los gastos de conservación y fue licenciada la casi totalidad de la marinería. No se disponía ni siquiera de escobas para barrerlos; dejaron de llegar uniformes para la tropa y

aparecieron en los pantalones centinelas de tipo increíble y estrafalario. Vestían éstos las más diversas prendas y a guisa de forniture usaban un chaleco en cuyos bolsillos guardaban los cargadores de cartuchos... Mientras tanto, en las altas esferas y con una mexicanísima irresponsabilidad se “reportaba” diariamente: –Los buques sin novedad y listos para todo servicio.

Y lo más sorprendente era que en efecto los estaban. Los oficiales amaban demasiado sus barcos para quedar inactivos ante el olvido en que se les tenía. Pasado el primer momento de sorpresa y desaliento, la reacción fue violenta y saludable. La tirantez de la disciplina cedió lo suficiente para que, hermanados en el desvalimiento, oficiales y Guardiamarinas deliberaran juntos, gravemente. López de Gama dijo: –Sofocar disturbios interiores no puede ser la misión principal de una Armada; intereses mucho más elevados la solicitan. Los regímenes y las tendencias políticas son transitorios, en cambio, es eterna la aspiración de usar libremente el mar. El olvido de un gobierno puede disminuir el volumen material de la marina, pero no debe matar el espíritu marino. En esta hora de desorientación nacional, somos nosotros los depositarios de ese espíritu y llamaré cobarde al que se lo abata. Y ese espíritu puede darse el lujo de ignorar las limitaciones a que se nos somete. Por mi parte ofrezco mis brazos para reemplazar a un marino de los licenciados y la mitad de mi sueldo para la conservación de mi buque.

Sus palabras cayeron en un emocionado silencio y tuvieron la virtud de revivir la fe. Se hicieron ofrecimientos parecidos, planes para la nueva vida y la asamblea

terminó animadamente: —Señores —dijo el Segundo para terminar— la Patria esta muy por encima de estas distracciones oficiales; confiemos en que nuestro gobierno se consolide y pueda atender a los mil problemas que tiene planteados. ¡Viva México!

Desde aquel día se vieron en el buque espectáculos curiosos: los Guardiamarinas baldeaban las cubiertas, con los pantalones arrollados hasta las rodillas, manejando cuidadosamente “su cepillo”. Era su cepillo porque lo habían adquirido con su dinero, y por eso lo guardaban celosamente en la camarera, junto con “su” brocha, su grasa para limpiar metales y su estopa. Periódicamente el Brigadier aparecía en una guindola suspendida por fuera del casco, pintando el mascarón de proa. De pie en el castillo, el Comandante le pasaba pacientemente las brochas y los pinceles que aquella obra de arte requería.

La escasa marinería tripulaba durante el día los botes de remo para los viajes de rutina; por las noches los Caballeros obraban voluntariamente este servicio.

Gracias a estos oscuros sacrificios, el buque no se desmoronaba y lucía siempre limpio y pintado. . . .

—Ahora brilla más —decía el Segundo— porque está pintado con espíritu, que es la mejor marca de pintura, dura mucho y resiste las inclemencias de todos los climas.

Pacientemente se dedicaron a desguazar los restos del buque encallado en el Norte de la bahía y de él salían los materiales viejos para ir remendando el propio y

atenuando los destructores afectos de la indiferencia oficial. Tan abnegados esfuerzos por conservar la vida de aquel organismo, condenado a muerte por desconocimiento de lo que la mar debe ser en la vida nacional, encariñaban más y más a los muchachos con él y ya lo consideraban como un hijo adoptivo.

Y así, conservando a todo trance la vida de aquel barcarrón confiado a sus cuidados, entre aplazos, trampas y cuartos, besando a mujeres buenas y malas, dando y recibiendo puñetazos a todo lo largo del litoral, sufriendo las fatigas de a bordo, pero sin abatir jamás el penacho de Cyrano, pasaron nuestros hombrecitos los dos años de su práctica.

La toldilla del buque tenía aquel día la apariencia aparatosa y solemne que las toldillas de todos los buques de guerra asumen cuando se izan las banderas o se leen las órdenes.

Los marineros rígidos y en filas, los oficiales en las pasarelas, los cañones con las cañas quietas y silenciosas.

El maestro de Armas leía con voz monótona la orden particular del buque.

—Disposiciones:

(Los corazones de los Guardiamarinas batieron aceleradamente).

—“Por disposición de la Secretaría de Guerra y Marina

Ciudadanos Guardiamarinas en instrucción causarán baja en este buque, con fecha xxx, debiendo marchar a la capital de la República con objeto de preparar su examen profesional.

Los interesados se presentarán hoy a las dieciocho horas a la oficina del C. Segundo Comandante a recibir instrucciones”.

Estas fueron breves: Esa misma noche saldría para México el Caballero López de Gama, quien por ser el de mayor edad y experiencia, había sido nombrado aposentador, con instrucciones de buscar alojamiento decoroso, en casa tranquila y al alcance de las posibilidades económicas.

Las posibilidades en aquella época eran más bien imposibilidades. Tradición que todavía se conserva celosamente.

El resto de la explicación saldría tres días después, a las ordenes del Brigadier.

El Segundo Comandante produjo después una pieza oratoria sentimental; de su cosecha, e hizo esas recomendaciones que son en todas partes tan iguales, que bien podría ser tiradas en mimeógrafo en una central que estuviera en Londres, por ser la metrópoli marítima del mundo, o en una sucursal de New York.

Dijo que ya le agradecerían, con el tiempo, su rigor y comprenderían lo necesario de los castigos que, de verdad, le había dolido imponer. Tardío arrepentimiento que no impresionó a nadie.

Agregó que todos habían dado mucha guerra, pero que el Guardiamarina es así en todo el mundo: alborotador, pendenciero y propenso al desenfreno. Que, en cambio, se habían portado valientemente en acción, que sentía muy sinceramente que abandonaran el buque, que les deseaba brillante éxito en sus exámenes y que allí quedaba esperando su regreso ya como Oficiales. El Oficial finalizó, no puede ya hacer locuras. Cuando ustedes vuelvan, ya no habrá las complacencias y tolerancias que por su juventud les hemos dispensado. La vida del Oficial es dura, ya lo verán cuando lo comiencen.

Los estudiantes sintieron escalofrío. ¿De manera que a empezar otra vez? Vaya... Vaya... ¡Qué bien!

La víspera de la partida abandonaron el buque en la lancha de Oficiales. Homenaje que los azorados muchachos no sabían si era dispensado a ellos mismos, en su calidad de próximos Oficiales, o a sus maletas que se apilaban en proa. El Comandante se dignó salir a la puerta de la comandancia y les hizo desde ahí una amistosa señal de despedida.

En la pompa del ocaso, el buque recortaba su silueta obscura. Todos sus recuerdos: los sufrimientos pasados, el bullicio de los zafarranchos de combate y el blando cabeceo sobre mares llanas y brillantes, se revolvieron en sus corazones y subieron a los ojos...

Ahí quedaba aquel barco, que ahora, parecía temblar como visto a través de un cristal mojado por la lluvia... Era duro dejarlo. —¡Caray, parecemos chiquillos!

Menos les faltaba para despedirse aquella tarde. Parecía el pueblo un campo sembrado de *nomeolvides*. Había no me olvides en los labios de la señorita que retenía la mano del Caballero, en la calle principal; *nomeolvides* florecían en las ventanas de las casas del cerro. —No me olvides —pedían las mujeres galantes atrayéndolos hacia sus bocas rojas...

Terminando tan desagradable deber, se instó la sesión.

—¡Cerveza para doce! ¡Fría como saliva de muerto!

El propietario se aproximó conmovido: —¡Muchachos! (Vidal Omaña carecía de aquella facultad oratoria que hacía de los discursos del Segundo Comandante, preciosas piezas dignas, por su pureza, de figurar en un texto de literatura castellana. Sin embargo, y tal vez porque llamaba al pan, pan y al vino, vino, sus frases toscas buscaban el corazón del oyente y convencían a los Guardiamarinas más que el más pulido discurso.)

Muchachos —decía Omaña emocionado— yo los he querido bien. Eso de que se vayan me da en la torre, pero para que miren que los estimo... ¡Media hora de pico libre por cuenta de la casa!

Ni el mejor discurso de Urueta hubiera sido acogido con ovación más estruendosa.

¡Media hora! Aquel ingenuo ignoraba, o la medida del tiempo o el diámetro de las gargantas.

El caballero Aranda hablaba persuasivo al oído del "Indio": —Préstame el traje ..., hermano.

Esa persuasión del traje se había iniciado tres días antes. Tanto había temido el "indio" por su bonito traje de paño inglés, que lo traía puesto a pesar del calor costeño. Lo llamaban cariñosamente "indio", no porque lo fuera, que su apellido materno era cien por ciento escocés; lo que pasaba era que su antepasada, inglesa, casada con un mexicano y cautivada seguramente por los encantos de su patria adoptiva, decidió que el vástago saliera lo más parecido que se pudiera a un flechador azteca, que había visto modelado en barro en Tlaquepaque. Le sobraba razón; un escocés rubio hubiera desentonado en las montañas oaxaqueñas; no así aquel indio que salió haciendo juego con el paisaje.

El indio no sería de la partida y Aranda perseguía su traje exponiendo mil razones: —Tú no lo vas a necesitar, "indio", préstamelo. Te lo cuido, hombre.

—Que no; ya te dije mil veces que no— y se abotonaba el saco, como temiendo que se lo fuera a quitar allí mismo.

—Mira: allá hace frío y me puedo enfermar...

—¿Crees que me vas a convencer? ¡Te vas a enfermar... Cuéntaselo a la Cruz Roja, qué tengo yo que ver con tu salud. Además, no soy tu padre!

—Mira, indio, vamos a hacer una cosa: Me prestas el traje y yo te compro allá un sombrero que haga juego con él.

—¡No vamos a hacer nada! Ya me vas cayendo gordo.
¡Juro solemnemente que no! ¿Oíste? Más merezco por andar
con encuerados que lo quieren desnudar a uno a media calle.
¡Me voy!

La protesta fue General: ¡No valemos tus mejores
amigos un arresto, y mas ahora, que ya sabemos que lo
agradecerás cuando seas mayor?

—Déjame, que se me va el bote—. Retenido por varias
manos se sentó fingiendo mal humor, pero complacido en el
fondo de que se estimara tanto su presencia: —Bueno, pero le
cae el que vuelva a hablar de mi traje, como no sea para
elogiar la bondad de su tela y lo irreprochable de su corte.
¡Son ustedes unos encaminadores de almas! ¡Magdalena!
Que me reserven una habitación en el “Miramar”.

—¡Muy bien, indio, así se habla! ¡A la salud de tu
“tacuche”!

Siguió la juerga hasta que llegó la hora de cerrar. Los
músicos tocaron “Las Golondrinas” y la melancólica canción
de las despedidas puso emoción en ellos.

—¿Te acordarás de mi? —temandaba Tayde con
grimas engarzadas en las pestañas espesas y negras...

El Caballero callaba, pero su pensamiento barajaba
ágenes: pobre mujer; me acordaría de ti aunque no
quisiera pero nuestros destinos divergen hoy, como los
cauces de los ríos. Los oficiales no pueden ya hacer locuras.
Ni la cascada de tus canciones, ni las lágrimas de

tus ojos maravillosos, podrán colmar el abismo que nos separa. A besar con alegría, sin la pesadumbre de un papel de oficio, es a lo que las personas razonables llaman hacer locuras. Hemos moralizado tanto la morada que nos entregó Dios ancha y libre, que ahora sus leyes nos encadenan a prejuicios que ciegan los manantiales más puros del alma. No debemos hacer locuras...

—¿Quieres que caminemos un poco? —Rogó ella—. Está tan fresca la noche... ¡Hay luna... y tengo el presentimiento que es la última vez que iremos juntos y que cantaré para ti. ¿Cuál quieres?

¡Camarera! ¡Camarera! Los gritos estremecían el “Hotel Miramar” hasta los cimientos.

El que así turbaba la paz matinal era el “indio”, asomado por el ventanillo calado en la puerta del 8 y recorriendo los corredores vacíos con la mirada inquieta.

—¿Qué pasó con los Guardiamarinas?

—Se fueron en el tren de las cinco y media.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las siete.

—¡Me cachis en la mar! ¡Bandidos, se llevaron mi traje! Y el indio salió envuelto en una sábana que le daba una airada apariencia de Cuauhtémoc. Se paseaba furioso echando chispas por los ojos, y por la boca, lindezas que no le

hubiera gustado oír al viajero.

En una de las tantas miradas tropezó su mirada con un cartel de anuncio de toros en Cihuatlán, fijo en la pared, que entre otras cosas decía: 6 toros 6, y su cerebro se iluminó.

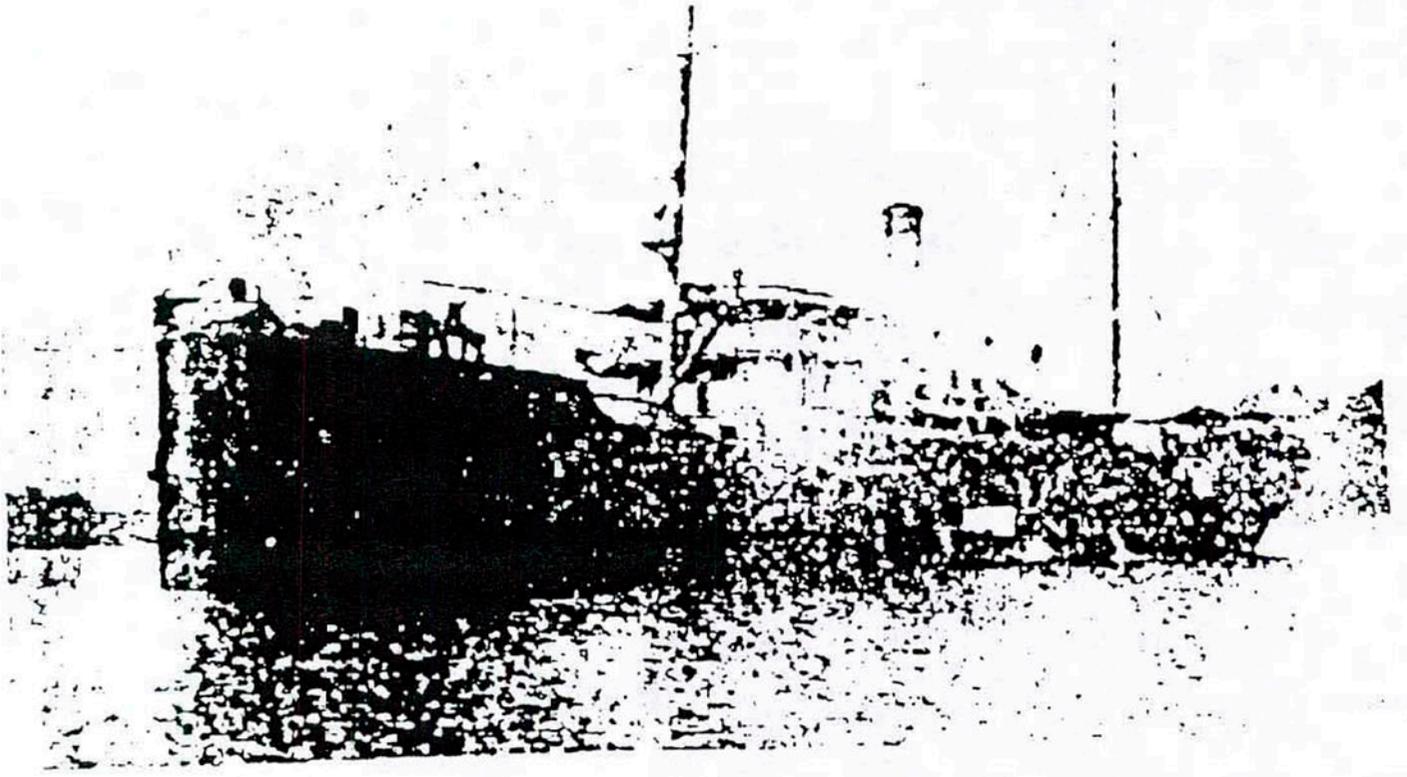
—Tráigame unas tijeras y unos alfileres. Rápido que me deja el bote. ¡Píquele!

Recortó con mucho esmero aquellos números y los fijó, uno en el pecho y otro en la espalda de su camiseta de punto.

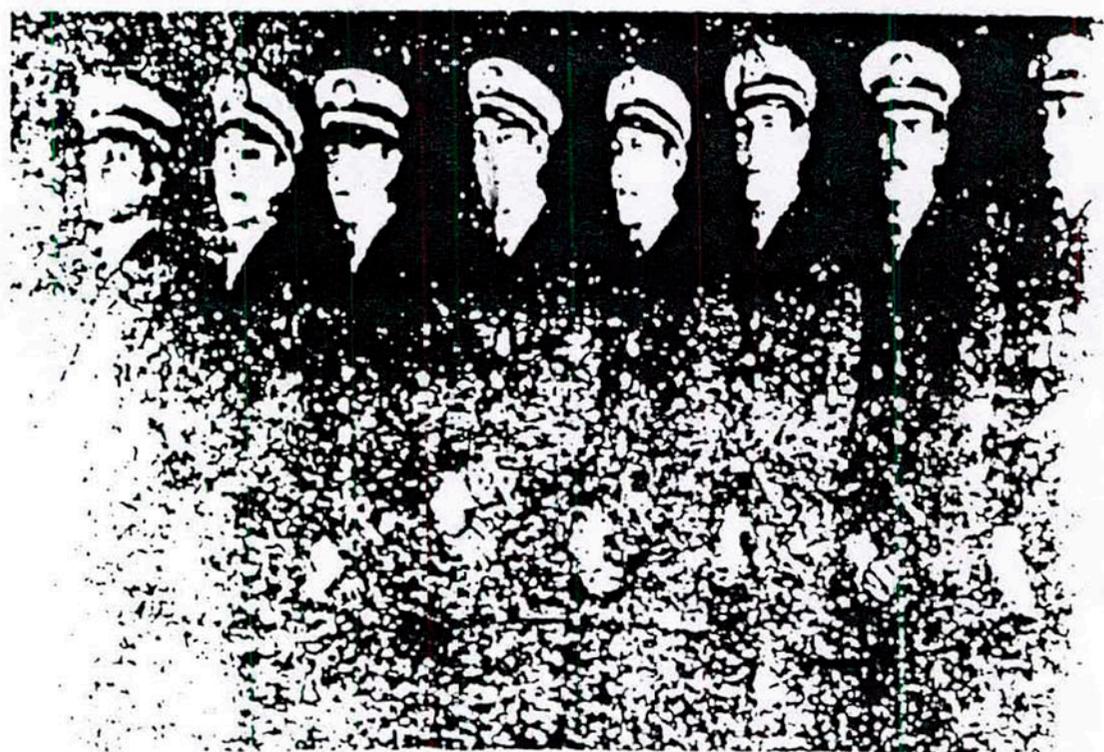
Hecho esto, aseguró con alfileres al cierre de sus calzoncillos cortos, para evitar contingencias, se despidió de la criada con un iracundo: —¡De qué se ríe, babosa! — y arrancó a correr con las empuñadas manos sobre el pecho y un elástico paso de atleta.

Los vecinos miraban con asombro al corredor, que llevaba tanta ventaja, y buscaban en vano con la vista a los que seguramente debían seguirle y que no aparecían por ninguna parte.

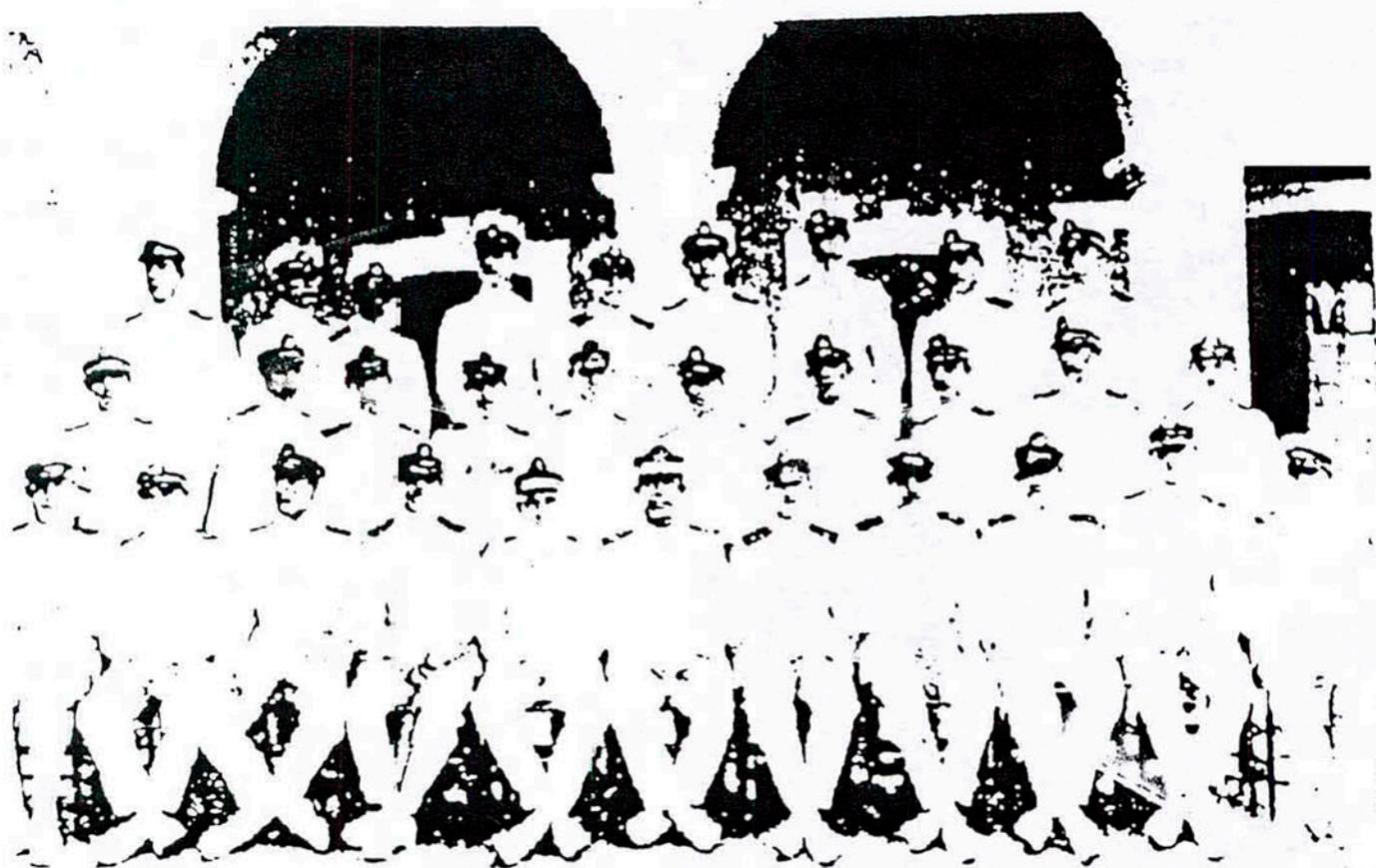
En tanto López de Gama desempeñaba en México sus funciones de aposentador. Encontraba que Doña María no torturaba a los clientes con anticipados cobros, ni hacía molestas indagaciones sobre sus ingresos, cosa siempre penosa, cuando la modestia en el vestir no proclama precisamente la posesión de minas en el Perú.



Transporte de guerra "Progreso"



Ocho Jóvenes Guardiamarinos



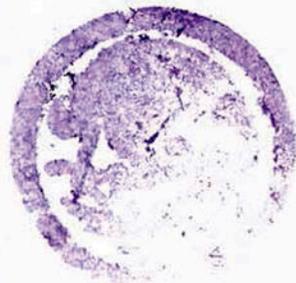
Generación de Guardiamarinos

BIBLIOGRAFÍA

EXTRACTO DE LA OBRA ¿QUIÉN TIENE UN SACACORCHOS? DE GUSTAVO RUEDA MEDINA, QUIEN FUERA COMBATIENTE EN LA TOMA DE LA BATALLA CRISTERA EN MANZANILLO Y QUIEN VE EN ESTA OBRA A UN MANZANILLO DIFERENTE AL DE NUESTROS DIAS, YA QUE EN SU ANDAR POR LOS PUERTOS DE MEXICO, SU PRIMER PUERTO COMO GUARDIA MARINA FUE MANZANILLO.

D. R. LIC. HUMBERTO MUÑIZ MERCADO

Manzanillo, Col. Junio de 1995



SECRETARIA DE EDUCACION
UNIDAD DE INVESTIGACION
Y CULTURA
BIBLIOTECA

